

DE SEXO

Juan Abreu (La Habana, 1952) es pintor y escritor. Ha publicado, entre otras obras *Garbageland* (Mondadori, 2001); *Gimnasio* (Poliedro, 2002); *Orlán Veinticinco* (Mondadori, 2003); *Cinco cervezas* (Poliedro 2005); *Diosa* (Tusquets 2007); *Una educación sexual*, (Linkua, 2012); *A la sombra del mar* (Editores Argentinos, 2016) y *Debajo de la mesa. Memorias* (Editores Argentinos, 2016). Su obra ha sido traducida al alemán, francés, italiano y catalán. Reside en Barcelona.

Juan Abreu

DE SEXO



De la presente edición, 2017

- © Juan Abreu
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
www.editorialhypermedia.com
www.hypermediamagazine.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Edición y corrección: Ladislao Aguado

Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler

- © Imágenes: Foto 1 y 4: Juan Abreu. Foto 2 y 3: Pedro Portal

ISBN: 978-1974304219

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

*¿Qué les ha hecho a los hombres el acto genital,
tan natural, tan necesario y tan justo, para
no atreverse a hablar de él sin vergüenza, y
para excluirlo de las conversaciones serias y
ordenadas?*

Michel de Montaigne

NOTA DEL AUTOR

Este libro reúne los textos que, sobre sexo, he escrito en los últimos años. La mayoría ha aparecido en revistas españolas, otros han permanecido inéditos y se publican por primera vez.

Escribir de sexo es algo extremadamente difícil porque la literatura ha cubierto el tema de una gruesa capa de metáforas ridículas e hipocresía. Hay que escribir de sexo limpia, directa y divertidamente, separándolo siempre de la moral, a la cual es ajeno.

He afirmado en diferentes ocasiones que todo lo que he escrito sobre sexo, en realidad trata menos de sexo que de la libertad, de nuestra capacidad de ser libres, de cuánta libertad somos capaces de soportar. Sigo pensando que es así. Creo, por otro lado, que la libertad sexual es un importante baremo de nuestro ser cívico, y que nos hace mejores ciudadanos y mejores personas, en general.

Escribir de sexo ha traído grandes placeres a mi vida. Ojalá la lectura de las páginas que vienen a continuación traiga también algo de placer a las vuestras.

INTRODUCCIÓN

Lo que nos hace humanos (más que mamíferos) y superiores al resto de los animales, es que hemos civilizado el follarse. No pretendo quitar importancia a los logros de la razón y la ciencia, faltaría más, pero yo a mi tema. Sí, hemos civilizado el follarse. El follarse por procrear, se entiende. El follarse por procrear es de monos. Y espero que con el tiempo se convierta en un asunto marginal. Se follarse, es decir, se busca entrar o que entre en nosotros otro ser humano por placer, y porque presentimos que ese acto de comunicación excelsa nos proyecta en un territorio inalcanzable para la muerte y para la extinción que nos aguarda. Podrá ser una ilusión; lo es, sin duda, pero qué linda.

Follarse es, al contrario de lo que piensa la mayoría, es decir, la mayoría moral y la mayoría religiosa en general, alejarnos del animal que somos. ¡Como animales!, gritan los encapuchados de siempre. Pero es al revés: a más follarse civilizado, menos animales somos.

No digo que no haya en la actualidad humanos que follen como animales, humanos atrasados que se en-

cuentran más cerca de los simios que fuimos hace trescientas mil generaciones, que el resto de nosotros. Es verdad que existen. Yo mismo he encontrado a unos cuantos, e incluso conozco a unos cuantos, y trato de ir civilizándolos. Pero constituyen, a estas alturas del progreso, la cola de la estadística, que diría el psicólogo Pinker. Constituyen una rémora a superar, un atraso con el que convivimos porque no hay otro remedio, digamos, como convivimos con los zoológicos, los marxistas o con el Papa.

La procreación es cosa de animales. Mientras más lees respecto a los animales más claro queda que viven para comer, defecar, procrear y poca cosa más. No hay nada en el mundo animal semejante a los logros de nuestro gran cerebro. Miremos a las ballenas, por ejemplo, que provienen de un ungulado (de la familia de los cerdos y las vacas) que hace mucho tiempo se metió en el mar. Pues han terminado nadando muy bien y emitiendo silbos bastante bonitos. Pero nada de Mozart o de Django Reinhardt.

Hay que mantener la especie, ya lo sé, y yo mismo he contribuido, no me arrepiento y me ha reportado momentos felices, extraordinarios, pero es una actividad que nos rebaja, una actividad condenada a la desaparición. En el futuro, cuando queramos un hijo, lo encargaremos y nos lo traerán a la puerta con nuestros genes ya lavados y con todas las mejoras añadidas.

También en el futuro nos traerán a la puerta un clon de Monica Belucci o Marilyn Monroe, pero ese es otro asunto.

(Ah, cuántas cosas maravillosas pasarán en ese futuro en el que, ay, no estaré).

El follar ha de verse como lo que es, una actividad civilizadora a la que dedicarse con ingenio y alegría,

como quien lee un gran libro, se detiene ante *La ronda nocturna* de Rembrandt, o va a comer al restaurante *Dos palillos*, o al *Gresca*, en Barcelona

Debemos empeñarnos en desmoralizar cada día más el follar, en rasparle la culpa y toda la mugre que el catolicismo y las religiones en general han ido depositando (de deposición) sobre el follar. Este es un asunto que merece toda nuestra energía y nuestra máxima atención. Yo he consagrado innúmeras horas y cientos de páginas a separar moral y sexo y a desculpabilizar el follar y es de lo mejor que he hecho en mi vida. El día que muera, si me da tiempo, pensaré satisfecho: ¡cuántos no habrán civilizado su follar gracias a mis esfuerzos, cuántos no habrán desterrado la culpa y la moral de su follar gracias a mi dedicación!

Eso, separar moral y sexo y desterrar todo sentimiento de culpa del follar, y además pasarlo bien y disfrutar sanamente y entretenernos, es lo que intentaré hacer en este libro.

Cada vez que hable aquí de impulso sexual o de cualquier cosa que tenga que ver con el llamado acto sexual, me referiré al follar civilizado y por placer, y no a la cosa animal ni a la perpetuación de la especie o algún otro incordio ancestral por el estilo. Me referiré a lo que hemos conquistado, a eso que también se denomina erotismo, pero que yo prefiero definir como lo que es: follar civilizado.

Queda establecido.

LA CAVERNA

Cuando estábamos en la caverna pasaba una hembra cerca y nos entraba el impulso y la poníamos a cuatro patas y se la metíamos. Bueno, si no estaba el macho dominante cerca. Si el macho dominante andaba por allí venía corriendo en plan agresivo haciendo aspavientos y nos daba unos cuantos sopapos y la montaba primero. Que para algo era el macho dominante. Y uno no tenía más remedio que esperar su turno. Si es que llegaba.

Esta escena pertenece al pasado remoto. Pero. Ha quedado como fantasía en el cerebro colectivo (un concepto que me acabo de inventar). Conozco a hombres y mujeres ya civilizados a los que les gustaría de vez en cuando hacer algo así. Protagonizar esta fantasía. A mí mismo, por no ir más lejos.

Todos hemos querido alguna vez poner a cuatro patas a una amiga o a la mujer de un amigo o a la hermana de alguien y metérsela en plan cavernícola en plan macho dominante de la manada. Todos hemos deseado alguna vez a la mujer del prójimo. ¿No?

Llevo algún tiempo leyendo sobre todo libros de antropólogos, cosmólogos, psicólogos, neurocientíficos, evolucionistas y gente así y me encanta porque la verdad es que las cosas, después de estas lecturas, se ven más claras. Se ve muy claro de dónde venimos y por qué hacemos y sentimos y deseamos algunas cosas y se ve con meridiana claridad, que diría un literato, que nuestra historia es la historia de cómo hemos ido dejando de ser animales que follan como follábamos nosotros en las cavernas, y nos hemos convertido en menos animales y estas cosas de la caverna son a lo sumo fantasías.

Fantasías que los animales ni siquiera tienen. Las fantasías sexuales son una prueba más de que hemos evolucionado y de que nos hemos civilizado.

Hay que alejarse de lo animal. No me canso de repetirlo. Lo animal es espantoso. Un perro, por poner un ejemplo (que espero no moleste a los amantes de los perros), es más tolerable porque se ha adaptado a nosotros y nos ha ido copiando. Según Richard Dawkins, los perros «leen» nuestras expresiones faciales. Por eso a veces nos parecen «humanas» sus expresiones. Además, nuestro cerebro prioriza una lectura mental que selecciona esas expresiones «humanas» involuntariamente, como consecuencia de una «coevolución mutualista» con los perros.

Esto, para no mencionar la exagerada, a mi manera de ver, tendencia al antropomorfismo de nuestro cerebro.

Sin embargo, si pudiéramos hacer realidad la fantasía de metérsela a lo cavernícola a la amiga de tu mujer a la mujer de un amigo o a tu cuñada ¿Lo haríamos? Si existiera la posibilidad real de ponerla a cuatro y metérsela ¿lo haríamos?

Bueno, esto se pone interesante.

Yo sí, tengo que admitirlo. ¿Y ese acto que así de inicio nos parece a todas luces cavernícola e incivilizado, un regreso a la cueva, lo sería realmente? ¿No se habría convertido ese acto, gracias a la invención del erotismo y al papel fundamental de la fantasía en el progreso y en el desarrollo de nuestra imaginación, y en consecuencia en el ascenso de la humanidad, en un acto cultural, *literaturizado*, es decir civilizatorio? Yo creo que sí.

Por supuesto, la carga dominante y hasta brutal del acto pasaría por la aceptación de la mujer objeto del acto, y por la complicidad de la mujer objeto del acto (de otra forma no sería posible), lo que lo haría radicalmente diferente. Pero aún así me parece que continuaría siendo un planteamiento muy sugestivo.

Veamos.

La hembra montada en la caverna por el macho dominante y luego por el otro macho que pasaba por allí, ¿era forzada a hacerlo? Sí. Pero. Tal vez sólo retrospectivamente. ¿Cómo saberlo? Si nos remitimos a los monos o a los chimpancés o a los animales en general, no parece que las hembras sean exactamente «forzadas». Ese es un concepto que pertenece a la cultura y a los humanos civilizados.

Claro, si la fantasía de poner a cuatro o tumbar sobre la mesa a la mujer de nuestro amigo u otra hembra cualquiera se hace realidad, quiere decir que ella habría aceptado ponerse a cuatro patas o tumbarse sobre la mesa. Entonces, hay que admitir que la «violencia» «y la imposición del macho» sería sólo la pactada y aceptada en una relación sexual consentida entre adultos que convierten en realidad una fantasía. Una fantasía que, para que fuese más «real» debería considerar la

posibilidad de prestar a la hembra montada, una vez terminada nuestra cópula, a otro macho presente, más débil, para que a su vez la montara. Un macho débil en el sentido de que jamás se atrevería a plantearle a ninguna mujer formar parte de la realización de una fantasía semejante.

Pero lo que me interesa de este escenario teórico, es en qué medida el acto sería un retroceso hacia el mundo animal del que debemos alejarnos en nombre de la civilización. Me atrevería a decir que en ninguna medida. Y me atrevería a más: diría que por el contrario, este acto «animal» sería en realidad un acto completamente erótico y como todo acto erótico, civilizatorio. Y no sólo un acto erótico sin más sino un acto erótico de tal sofisticación y de tal complicidad entre los mamíferos implicados que podría considerarse un gran acto moral, y como gran acto moral a fin de cuentas un acto de alta carga enriquecedora para la civilización.

Y.

No me pregunten por qué. Pero confieso que después de arribar a esta conclusión me siento extrañamente aliviado.

POSTSEXUAL

Oigo hablar de lo postsexual. Al principio no tengo muy claro de qué se trata. Pero, al rato, miro alrededor y me doy cuenta de que sí lo sé, y de que hasta conozco a alguno que se define como postsexual. Es un tema interesante.

Lo primero es decir que me parece que no hay tal cosa como un ser humano postsexual. No es posible la sana existencia humana si se excluye el ser sexual. No hay forma de «superar» el estado sexual, que sería la única manera de arribar al imaginario mundo de lo postsexual. Uno puede renunciar a otros cuerpos en nombre de una deidad o de alguna otra superstición, pero la hora del deseo y en consecuencia la hora de la paja llega inexorable a nuestra puerta.

No existe, obviamente, plenitud semejante a la que proporciona lo sexual. Hasta el llamado éxtasis religioso, es sexual. Véase a Santa Teresa. Ante Dios postrada, pero mojada. Noten que digo lo sexual, no el acto sexual, porque el acto sexual con ser evidentemente importantísimo sólo es una parte, a veces, ni siquiera la más importante, de lo sexual.

Hay mucho de renuncia y de cobardía en lo postsexual (cuyos apologistas suelen ser literatos, intelectuales y gente así). Y toda esa renuncia y cobardía tiene mucho que ver, lógicamente, con la obscenidad de los que consideran que el sexo es sucio y que es, para descender a la siniestra jerga religiosa, pecado. En el fondo del asunto, me temo, está la culpable y siempre calumniada Eva, que le puso el chocho, digo, la manzana, en la boca a Adán. Qué mala.

A veces estoy bebiendo unas copas sin alcohol (después de una cena con variados vinos) y observo, con gran curiosidad, a algún autoproclamado postsexual. Son hombres, por otro lado, estupendos e inteligentes. Pero. Desprecian lo sexual. Aborrecen lo físico. Que es algo absurdo ¿cómo se puede aborrecer lo físico si lo físico es lo único que hay?

Según mi experiencia, este tipo de hombres (las mujeres, siempre más inteligentes, no suelen apuntarse a la superchería de lo postsexual), lo que pretenden con esta actitud es camuflar sus deseos. Es un espectáculo fascinante, aunque algo patético. Los veo con sus colegas, a los que están desesperados por chuparles la polla, y resalta el sufrimiento, la desarmonía; es algo sumamente evidente. Y después que se beben dos o tres gintonics el reprimido anhelo de estos hombres se convierte en un espectáculo lacerante, al tiempo que enternecedor. Son hombres que aspiran a un mundo desinfectado, libre de babas, marmóreo, digital (que es lo marmóreo pasado por la tecnología). Pero ese mundo no existe. Sólo existe una sopa química dentro de una nube de impulsos eléctricos dentro de un artefacto sanguinolento que lenta pero inexorablemente muere y se seca.

Hablan mucho de camaradería, de colegas, los post-sexuales. A mi modo de ver hay bastante mariconería (dicho cariñosamente, me encantan los maricones; yo mismo soy algo maricón a ratos) en esa llamada camaradería. Sólo hay que observar a un grupo de colegas mirando un partido de fútbol para darse cuenta de que hay mucha mariconidad en el asunto. Y ya que estamos en el campo de fútbol: ¡cómo se tocan el culo a la menor oportunidad los futbolistas! Es muy significativo.

Yo me sacaría la polla y se la ofrecería a los post-sexuales, pero va y se ofenden.

Santocielo, ¿pero qué habrá de inmoral, de malo de tremebundo de innombrable en chuparle la polla a otro hombre? Se pregunta uno. Y se responde que lo insultante para la moral común suele ser la única fuente de moral verdadera disponible. Y sigue adelante.

Hace muchos años que no pierdo mi tiempo pensando en que hay algo más allá de nuestro ser físico (léase sexual). Una especie de mundo espiritual (espiritual es una palabra cada vez más difícil de escribir) e intelectual, un mundo donde la fuerza de ese «espíritu» y ese «intelecto» sustituyen al ser sexual (léase carnal). Y no sólo lo sustituyen, lo derrotan. No es verdad. Lo «espiritual» y lo «intelectual» no son más que secreciones de lo físico. Supuraciones de nuestro gran cerebro. Confortan, no digo que no, porque con estas invenciones consoladoras vamos tratando de tapar el creciente y negro agujero de la extinción y del fin de lo físico, y en consecuencia, del fin de todo.

Pero las cosas en su sitio: supuraciones, invenciones consoladoras

Dicho esto, sé que para muchos no hay nada malo en reprimirse. A veces ni siquiera se dan cuenta de que

viven reprimidos, pues es fácil esconderse detrás de la moral y otras convenciones.

Pero vivir libremente no es, para mí, una opción entre tantas, es la única manera que tienen los seres humanos de superar sus limitaciones y de conseguir algo firme sobre lo que permanecer de pie y esperar con cierta dignidad el fin.

EL PRINCIPIO DE MEDIOCRIDAD SEXUAL

Desde que me enteré de que existía el principio de mediocridad del profesor P. Z. Myers, me lo aplico a rajatabla. Si todos nos aplicáramos el principio de mediocridad este mundo sería muy distinto, mucho mejor.

He aquí el principio de mediocridad, según el doctor P. Z. Myers, biólogo, de la Universidad de Minnesota: «El principio de mediocridad sostiene simplemente que no es usted especial. El universo no gira en torno a su persona; este planeta no cuenta con ningún privilegio singular, su país no es el resultado perfecto de una secuencia de designios divinos; su existencia no se debe al influjo de un sino orientador e intencional; y ese emparedado de atún que se ha comido en el almuerzo no forma parte de una conjura pensada para producirle una indigestión. La mayoría de las cosas que suceden en el mundo son simples consecuencias de las leyes naturales, leyes de carácter universal, puesto que rigen en todas partes y atañen a la totalidad de lo existente, sin que haya excepciones especiales ni ampliificaciones que redunden en su beneficio personal (y siendo además

la diversidad un producto de la intervención del azar). Todo cuanto usted, como ser humano, considera investido de una importancia cósmica es un accidente».

Ahí tienen. Por supuesto, he aplicado sin demora este principio a la actividad sexual. Algo así como el principio de mediocridad sexual. Resulta una gran cosa. Ya no hay que preocuparse excesivamente por nuestro desempeño sexual. Es bueno que cuando lo necesites el pito se te ponga tieso. Cierto. Pero si no sucede, o no queda perfecta la mamada y ella o él no se corren dando alaridos, no pasa nada. Muchas mujeres y muchos hombres, incluido yo, hemos vivido atados a una especie de canon, literario y social, que nos obligaba a comportarnos y a ejecutar según ciertas expectativas irreales y, hay que decirlo, en ocasiones, rocambolescas.

El hombre debía ser muy macho, el gran proveedor sexual, el depredador siempre enhiesto y dispuesto y a la mujer se le esperaba siempre modosa pero jadeante y seductora y humedecida a todas horas y sempiternamente dispuesta y necesitada.

Es hora de escapar de ese irreal corsé. Creo que a la luz del principio de mediocridad sexual, es hora de racionalizar y deslitteraturizar nuestra sexualidad. De hacer nuestra vida sexual más real, más honesta. Real. Honesta. Y si partimos de la mediocridad, me parece evidente que todo no puede más que mejorar.

¿Qué hacer para ser más reales y más honestos, sexualmente hablando? Bueno, propondré algo sencillo: conversar. Por ejemplo, he conocido mujeres que se morían de vergüenza porque les gustaba que las llamaran putas cuando estaban follando. También he conocido hombres que preferían tomar por asalto

un nido de ametralladoras que tocarle la polla a otro hombre. O pedirle a su mujer que le metiera el dedo en el culo.

Hay que superar eso.

¿Cómo? ¡Conversando! El ochenta por ciento de la plenitud sexual (¡y de la felicidad!) depende de nuestra capacidad para conversar con nuestra pareja. *Cariño, la próxima vez que me la chupes, méteme el dedo en el culo. Sí, me gusta. ¿Por qué no te lo había dicho antes? Porque desconocía el principio de mediocridad sexual y ahora que lo conozco quiero una vida sexual más real y más honesta.*

No se me desanimen de entrada. Sólo hace falta empeñarse con determinación. Ya sé que es difícil, pero hay que intentarlo. Hablar. Parece sencillo, eh. Pues no lo es. A la gente le cuesta mucho hablar de su ser sexual. Algo tan simple como decir *me gustaría que me llamaras puta cuando me folles*, decir eso, puede ser prácticamente imposible para un número asombroso de personas. Cuántas mujeres recién corridas se atreven a decirle a su pareja: *ay querido qué rico, mientras me follabas yo imaginaba que estaba follando a Harvey Keitel*. Algo tan elemental. Pues no se atreven.

Hay que transitar ese camino e ir abriendo espacio para la realidad y para la honestidad. Porque algo es irrefutable: tú quieres que te meta el dedo en el culo, ella quiere follarse a Harvey Keitel.

Ya que tenemos la increíble suerte de estar vivos y de pertenecer a la única especie que ha sido capaz de crear una sociedad tecnológica, ¡a la especie que ha inventado el erotismo!.. ¿por qué no intentar ser sexualmente más reales, más honestos?

El principio de mediocridad del doctor Myers ayuda mucho, porque al poner tan clara nuestra insignificancia y nuestro carácter transitorio y casual, le quita mucha gravedad a todo y pone en su sitio lo que somos: criaturas frágiles y fugaces que lo mejor que podemos hacer es sacar el mayor partido posible de nuestro paso por la vida.

¡ABUELO!

No hace mucho cumplí sesenta años y mi primera actividad vital (después de razonar e imaginar, claro) sigue siendo la actividad sexual. El número se me antojaba fatídico. Pero, pasados algunos meses y ya convertido en un sesentón, comprobé que continuaba follando como de costumbre y que mi ser sexual permanecía intacto.

Hombre, me dije, todavía no. ¡Estás vivo! Y me saqué mi lindo pito y estuve un buen rato mirándolo. Qué bello.

Ya saben ustedes que yo tengo dos cerebros el primero y el más importante ubicado en el glande, así que no pretenderé que mi caso es un caso común y corriente, pero aún así creo que mis consideraciones respecto a los deseos y a las necesidades sexuales de los sesentones pueden servir a una considerable cantidad de personas.

No es cierto que lo sexual nos abandone con el paso de los años. Lo que sucede es que nuestro cuerpo deja de funcionar adecuadamente, va deteriorándose. Eso trae como consecuencia un estrechamiento de las fron-

teras, digamos orgánicas, de nuestro ser sexual. También afecta, y mucho, el bombardeo de monsergas que nuestra cultura castradora y la moralina al uso endilga a los mayores.

Pero la realidad es otra muy diferente.

¡Abuelo! ¿Le ayudo a cruzar la calle?

Preferiría que me la chuparas, francamente.

Esa es la realidad.

¡Viejo verde!

Le eructan a uno en la cara en cuanto lo sorprenden mirándole el culo o las tetas a una joven con un buen culo y unas buenas tetas. ¿Pero, qué quieren que haga? ¿Cerrar los ojos? Una joven con un buen culo y unas buenas tetas es algo muy bonito. ¿Por qué no puedo mirarla? ¡Es absurdo!

Qué se supone que deben hacer los hombres (y las mujeres) cuando llegan a cierta edad ¿renunciar al sexo? ¿Meterse a cura o monja? Pues no. No. Los abuelos (¡y las abuelas!) quieren follar. Como todo el mundo. Lo que pasa es que cuentan con menos recursos y los han domado y humillado tanto que al final se resignan. Más o menos. Pero aquí estoy yo para animarlos y convencerles de que a los sesenta (¡y no digamos a los cincuenta!) no hay que renunciar a nada, por el contrario, debemos ocuparnos más que nunca de nuestro ser sexual, mimarlo, por así decir.

Otra cosa es el mercado. En eso hay que ser realistas. Hay un mercado. Y lo que se oferta en ese mercado está sujeto a ciertas normas. Normas estéticas y normas culturales. Es verdad que, en cierta medida, llegado a una edad empiezas a ser como invisible, sexualmente hablando, para gran parte de la población más apetitosa. Eso hay que admitirlo. Sin embargo, recomiendo

adentrarse en ese nuevo territorio de manera resuelta y tener muy en cuenta lo que podríamos denominar, circunstancias atenuantes. Por ejemplo, gracias a la ciencia y la civilización, la llamada madurez no es lo que era y ahora son muy comunes los cincuentones y sesentones y las cincuentonas y sesentonas que están para chuparse los dedos. Y, además, muy importante, hay jóvenes a los que les gustan los hombres y las mujeres ¡maduras!

He conocido mujeres jóvenes que preferían follar con hombres ya maduros. A algunas, las he conocido siendo ya un cincuentón, y ha sido muy estimulante. A otras, las conocí cuando era joven. ¡Qué ignorante era yo en aquellos tiempos! Incluso trataba de disuadirlas. ¿Con un viejo? Pero cómo se te ocurre. ¿No me prefieres a mí, joven y terso?

Pero nada. Ellas, preferían a los maduros.

La historia recoge casos emocionantes en este campo. El caso de Claire Goll, por señalar un ejemplo. Esta escritora, cuyas memorias les recomiendo, tuvo su primer orgasmo a los setenta y seis años. No es que no follara, follaba mucho. Pero el primer orgasmo no lo tuvo hasta los setenta y seis años. Lo que habla muy mal del poeta Rilke, que fue uno de sus numerosos amantes.

Pues bien. A los setenta y seis años un muchacho de veinte hizo correrse por primera vez a la señora Goll. Ella trataba de ahuyentarlo. ¡Vete con una de tu edad! Le decía. E incluso llegó a echarlo de su casa. Pero el joven sabía lo que quería y persistió y consiguió por fin que Goll se corriera a una edad sin duda alguna muy avanzada. Una edad en la que correrse debe ser tan raro como toparse con un unicornio.

A ese muchacho habría que hacerle un monumento.

Escribir sobre esto, como es natural, me ha hecho recordar a esas muchachas magníficas de mi juventud que preferían a los hombres maduros. Benditas.

Desde aquí les envío a ellas y a sus semejantes en la actualidad mi devoción y mi admiración más rendida. En mi nombre, y en el de todos los hombres de mi generación.

Y de paso aprovecho para pedirles que tengan en cuenta que ahora es cuando más las necesitamos.

INFIDELIDAD

Venimos arrastrando lo de la infidelidad desde hace mucho tiempo y creo que es hora de aclarar un poco las cosas. Y esto es lo que me interesa aclarar: la infidelidad nada tiene que ver con el sexo. Con el sexo, nada. Lo sé lo sé, parece que es con lo único que tiene que ver, pero no.

No.

Cuesta trabajo verlo, claro, por la cantidad de literatura que se ha hecho con la infidelidad. Toneladas de literatura. Desde hace miles de años. Mi adorada *Iliada*, por no ir más lejos. La cosa está tan enmarañada que, si buscas sinónimos a infidelidad, lo primero que te sale es adulterio, y después amancebamiento y promiscuidad. Y por el estilo.

Pero lo cierto es que no, nada que ver con el sexo.

La infidelidad tiene que ver con el amor (cualquier cosa que sea el amor), estoy dispuesto a conceder eso, tiene que ver con la confianza, con la fe, con la amistad, si es que la amistad, así, como un todo, existe, porque tengo un amigo muy inteligente que piensa como Re-

nard, que no, que sólo existen «momentos de amistad»; y es muy posible que tenga razón.

Amor, Fe, Confianza, Amistad, bien; pero nada que ver con el sexo.

Hay pactos, eso sí. Y cada pareja define sus contornos. La pareja establece, mediante acuerdos, civilizadamente, las dimensiones y la riqueza de la vida sexual en común. Muy bien. La pareja acuerda, por ejemplo, si admite a otros u otras, o no, en su vida sexual. Queda en manos de la pareja determinarlo. La infidelidad tiene que ver con el cumplimiento de esos acuerdos, no con el sexo en sí.

Si has acordado con ella (o con él) no follar con otros, y lo violas, eres infiel a ese acuerdo. Nada más. La pareja no viene *con un certificado de exclusividad sexual*. Ahí es donde veo el problema y la confusión de las mayorías que relacionan sexo y fidelidad. Porque se asume automáticamente que la pareja significa exclusividad sexual. Y no es así. Lo de la exclusividad sexual es un acuerdo que debe tomar la pareja, pero existen muchas opciones, y esas opciones no tienen necesariamente que afectar el amor ni la fidelidad de los miembros de la pareja.

Puedes amar a una persona (es decir pensar que el mundo comienza y termina en esa persona y que la existencia sin ella no tiene sentido) y follar con otra sin que esa actividad sexual placentera afecte tu sentimiento amoroso. ¡Y sin que afecte la fidelidad a tu pareja!

Cuando alguien dice que la infidelidad tiene que ver con el sexo, lo que está diciendo, fundamentalmente, es que la infidelidad tiene que ver con la posesión, y eso es algo que no acepto y que creo que ningún ser humano más o menos civilizado debería aceptar.

¡Soy tuyo, soy tuya! No es verdad.

El cuerpo de nuestra mujer o nuestro marido o nuestro amante no es nuestro. Es suyo, exclusivamente. Y lo comparte con uno por amor, por atracción física (cuestiones químicas que aún no comprendemos bien), por diversión, por curiosidad, por aburrimiento, por entretenerse, porque opina que el sexo es desestresante (cosa con la que concuerdo); por cualquiera de los muchos motivos por los que la gente comparte el cuerpo y su intimidad con otro cuerpo y otra intimidad.

Pero nunca debe asumirse que lo comparte porque uno tiene no sé qué tipo de derecho sobre su cuerpo, sobre el uso sexual de su cuerpo. Derechos exclusivos. Porque, en fin, es de nuestra propiedad. Eso puede resultar peligroso. Y digo peligroso porque con frecuencia sucede que los que piensan que son dueños del cuerpo del otro, llegan a la conclusión de que, como es suyo, puede golpearlo, lastimarlo, e incluso matarlo si le es «infiel».

Ya puedo ver al mono reclamando su territorio y dándose trompadas en el pecho; en fin, conocemos la ceremonia. ¡Mía, mía!

¿Quiere decir esto que cada miembro de una pareja del tipo que sea hará lo que quiera, sexualmente hablando, y la otra tendrá que aguantarse? Es obvio que no. La relación de pareja es un acuerdo y ese acuerdo como todo acuerdo puede incluir renunciaciones y cesión de territorios. Pero eso no quiere decir de ninguna manera que tenemos autoridad sobre el cuerpo de nuestra pareja, ni que dejamos de desear otros cuerpos, que es lo más natural del mundo. Si alguno de los implicados viola las reglas establecidas libremente y por acuerdo mutuo, sin duda habrá incurrido en una violación de la con-

fianza, es decir en una infidelidad. Pero nada tendrá que ver con el sexo, ¡ni con «la moral»!; tendrá que ver exclusivamente con los acuerdos establecidos. Follarte a otro u otra no te hace infiel. Te hace infiel traicionar las reglas establecidas de común acuerdo con aquel o aquella con quién compartes la vida.

Esto, evidentemente, tiene que ver con el respeto a las normas acordadas, pero en ningún caso es un asunto sexual.

Yo creo que lo mejor para una pareja es compartirlo todo. Si ella tiene ganas de follar con un chino o con un alemán, si él desea follarse una negra o un travesti, eso también es parte de la vida sexual ¡de ambos!, algo que deben compartir y hagan lo que hagan siempre será de común acuerdo y en beneficio de la relación.

Es hora de desasociar el sexo de la infidelidad. Y dejar muy claro que la infidelidad no tiene nada que ver con el sexo. El sexo es, por naturaleza, fiel. Fiel al placer, que es a lo único que el sexo debe ser fiel.

LOS SUBYOEES

En el libro que estoy leyendo, un científico cognitivo, Colin Martindale, sugiere que «cada uno de nosotros posee varios subyoes». Según Martindale, «todos poseemos un cierto número de subyoes ejecutivos, y la única forma de que nos las arreglemos para realizar cualquiera de nuestras actividades corrientes es permitir que uno de esos subyoes tome las riendas del comportamiento consciente en un momento determinado».

Que tome las riendas, dice.

Ya venía sospechando yo que ese tipo dentro de mí al que llamo *yo* no era exactamente yo. Y si no es exactamente yo, como parece ser y como plantea la ciencia, entonces: ¿quién es?

Me gustaría saberlo. Porque decir *yo* y en el fondo no estar seguro de quién es *yo*, perturba.

Y ahora esto de los subyoes. Como si hiciera falta enredar aún más las cosas.

Yo soy de los que me pregunto mucho todo, y enseguida que leí lo de Martindale me hice varias preguntas. ¿Cuál de mis subyoes escribe? ¿Ese subyo mío

que escribe dice lo que yo realmente quiero decir? Y naturalmente, acto seguido, me pregunté. ¿Cuál de mis subyoes es el que folla con mi mujer? ¿Hay uno de estos subyoes que se ocupa, en solitario, de lo de follar, o comparte este, digamos, departamento, con algún otro subyo?

Es una pregunta inquietante ¿no les parece?

No es que yo (cualquier cosa que eso sea) tenga ningún problema con que uno de mis subyoes tenga relaciones sexuales con mi mujer. Pero. Uno quiere saber. Es lo más normal, es de lo que va la vida, de querer saber. En fin, que a los pocos minutos ya se me estaban ocurriendo más preguntas.

Por ejemplo, ese subyo que folla... ¿sabe lo que me gusta a mí; es decir cuando folla lo hace para complacerme a mí o para complacerse a él? Es una pregunta tremenda. Si ese subyo es un egoísta no creo que se vaya a preocupar por el placer que obtenemos los otros subyoes cuando él folla. Irá a lo suyo, me imagino. ¿Y si a ese subyo que, teóricamente, se ocupa de lo de follar, no le gusta el sexo anal, por ejemplo, que a mí me encanta? ¿Y sí, ¡horror! ese subyo que se ocupa de lo de follar se considera un apolíneo mientras que yo, como todo el mundo sabe, soy un redomado dionisiaco?

Son escenarios sumamente turbadores, obviamente.

Por otro lado, en el mismo libro, Douglas T. Kenrick, profesor de psicología social de la Universidad de Arizona, dice que «investigaciones realizadas por diversas subdisciplinas de la psicología, sugieren que eso que llamamos yo, es una ilusión». Lo que complica mucho más las cosas. ¿Una ilusión? ¿Yo? Bueno. Digamos que el profesor tiene razón. ¿Pero una ilusión de quién?

Lo de los subyoes también puede tener su parte

positiva, no lo voy a negar. Estuve cavilando sobre el asunto un rato y empecé a verle cosas buenas. La primera de ellas, la de la responsabilidad. ¿Yo, responsable de no haber respetado ese stop? Señor policía, por favor, pregúntele a uno de mis subyoes a ver si sabe algo. ¡Eh, tú, ven aquí que te voy a partir la cara! ¿A mí, por qué? ¡Por follarte a mi mujer! ¡Yo! Pero si ni la conozco. Seguro fue uno de mis subyoes, que el otro día lo vi comprando condones.

A medida que pasan los días, y mientras más leo sobre los subyoes, la verdad es que le voy encontrando el lado bueno a los subyoes.

Por ejemplo, vean esto que me sucedió el otro día. Hace tiempo que no me follo una rubia, y el otro día, vi a una estupenda entrando en una librería de Barcelona y fui detrás de ella y me quedé mirándola con cara de qué ganas tengo de follarme una rubia. Supongo que saben de qué les hablo, todos hemos puesto esa cara alguna vez.

Estaba muy buenorra la rubia. Cuellilarga, estilizada. Y la piel muy blanca. Una de esas rubias naturales de finísima cabellera que más que pelo púbico lo que tienen es una pelusa comestible que parece algodón de azúcar.

La rubia se dio cuenta de que yo la estaba mirando con cara de qué ganas tengo de follarme una rubia, y soltó el libro que tenía en las manos y me preguntó:

—¿Nos conocemos?

—No, respondí, yo no, pero uno de mis subyoes tiene unas ganas locas de follarte.

Pensé que se enfadaría o me soltaría un sopapo pero se me quedó mirando perpleja (lo de los subyoes tiene eso, que te deja en shock) y, como si a mí me dejara ha-

blar ya tengo más de la mitad de la batalla ganada, le empecé a hacer la historia completa de los subyoes, de cómo mis lecturas científicas me estaban cambiando la vida y de lo confundido que andaba últimamente a causa de esto y que no tenía la intención de molestarla que eran mis subyoes los que me hacían actuar de una manera tan inapropiada.

Le solté de un tirón todo esto. Pero con más detalles. Y echándoles toda la culpa al profesor Martindale y al profesor Kenrick, por si acaso.

Y nos quedamos mirándonos. Y ella, tan rubia, se echó a reír. Así que aproveché y la invité a tomar algo.

Y aceptó. Y hemos quedado para vernos la semana que viene.

Ahora bien, si consigo meterla en la cama... ¿quién se la va a follar? ¿Yo?

ÍNDICE

Nota del autor	9
Introducción	11
La caverna	14
Postsexual	18
El principio de mediocridad sexual	22
¡Abuelo!	26
Infidelidad	30
Los subyoes	34
Hembracidad	38
Follar con amor	42
La importancia de comer bien	46
El cuerpo	51
Y su agujero oscuro como el sol	55
Un territorio sexual.	60
Hay que ser cariñoso	65
Monogamia	69
Sexo inesperado	73
Sexo y amistad	78
Objetos sexuales	82
Fantasías sexuales	86
Una polla grandiosa	91
Una mujer corriéndose	95
Una mujer libre	99

Ser mujer	103
Beso negro	107
Pensamiento vaginal	114
Paseos	117
Los buenos tiempos	120